

Elaine Showalter

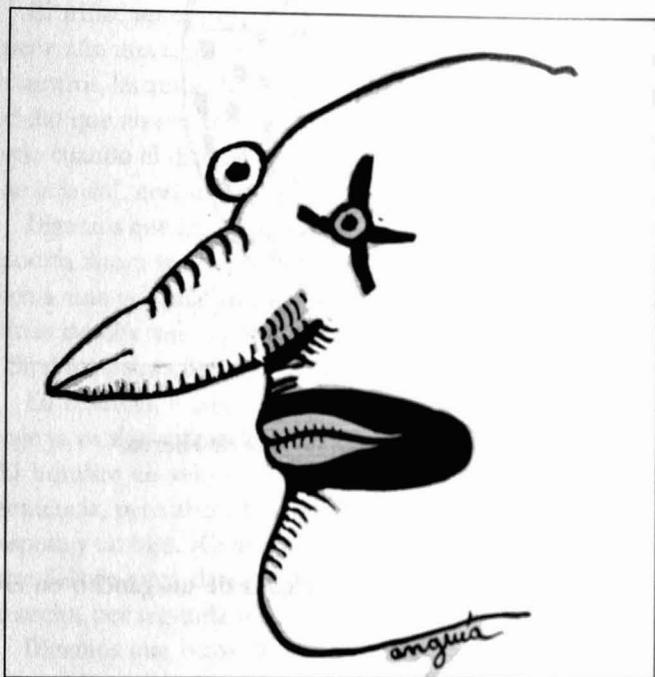
Anarquía sexual: La mujer sola

Traducción de Carmina Estrada

La anarquía sexual nace con la soltería femenina. La mujer sola, o “sobrante” —aquella que no pudo casarse— socavó el confortable sistema binario de la sexualidad victoriana y los roles sexuales establecidos. En Inglaterra, el censo de 1861 reveló la existencia de un galopante excedente de mujeres no casadas, dato que provocó alarma nacional. En un ensayo de amplia difusión titulado “Why Are Women Redundant?”, publicado en el *Westminster Review*, el periodista William R. Greg llamó la atención del público sobre “el enorme y cada vez mayor número de solteras en la nación, una cantidad un tanto desproporcionada y un tanto anormal, una cantidad que es real y relativamente indicio de un estado social de insanidad”. La mujer no casada era el número impar, la solterona que no pudo encontrar marido. El término que el fin de siglo inventó para ella (*Odd woman*) revela tanto el sentido de inconformidad como el carácter de mercancía que se le confiere. Al comentar sobre su novela *The Odd Women* (1891), George Gissing explicaba: “el título quiere decir *les femmes superflues* —las mujeres que sobran, no cuadran, no encajan. Son, como diríamos, ‘un guante sin par’”.

La soltera era un problema social... Miles de ellas necesitaban ganarse la vida, rivalizando con los hombres por los empleos, señala Greg, en lugar de “administrar y ahorrar los ingresos de los hombres”. Impedidas de realizar “los deberes y labores naturales de esposas y madres”, tenían “que abrirse camino en ocupaciones antinaturales y penosamente codiciadas por ellas mismas” y, en resumen, en lugar de cumplir el destino femenino —“complementar, suavizar y embellecer la existencia de otros”—, estaban obligadas a “llevar una vida independiente e incompleta”. Para Greg, la solución al problema era la puesta en práctica de un programa gubernamental de emigración de solteras a las colonias, donde las inglesas escaseaban, y donde podrían, eventualmente, encontrar maridos. Se oponía firmemente a la expansión de oportunidades de empleo para mujeres, porque esto “imprimiría a la soltería... un matiz un tanto placentero, cómodo” lo cual podría transformar al matrimonio en sólo una opción entre muchas y fomentar un celibato antinatural.

La interpretación dada por las feministas de fin de siglo a



las estadísticas sobre la soltería femenina parte de un enfoque muy distinto. El superávit de mujeres sin casar sirvió para probar que los roles femeninos tradicionales eran anticuados y que las políticas sociales que le negaban a la mujer una mejor educación, roles alternativos, oportunidades profesionales y derecho al voto, eran crueles y frustrantes. Si la mujer no puede esperar ser mantenida por los hombres, tendría que ser educada para mantenerse por sí misma. En un ensayo titulado “How to provide for superfluous women” (1869), Jessie Boucherett defiende la alternativa de permitir a las solteras “ocuparse libremente en cualquier actividad para la que fueran aptas... de manera que se les convirtiera en miembros útiles a la sociedad”. Organizaciones feministas como la *Society of Promoting the Employment of Women*, fundada en 1859, trataron de encontrar nuevos campos ocupacionales para las mujeres de clase media —las más golpeadas por el cambio demográfico, dado que sus empleos tradicionales, cuidado de niños y magisterio, se habían profesionalizado y saturado. La *Female Employment Society* intentó convertir las labores de oficina y atención al público, así como algunos trabajos manuales —impresión,

telegrafía y peluquería—, en oficios adecuados para las mujeres de clase media. Emily Davies, entre otras, dirigió la campaña para lograr el acceso de la mujer a los exámenes universitarios, mientras que Elizabeth Garrett, Sofía Jex-Blake y Elizabeth Blackwell organizaron la lucha a favor de la admisión de mujeres en las escuelas de medicina.

A pesar de que las reformas perseguidas por las organizaciones feministas se referían primordialmente a las mujeres de clase media, el movimiento no desconocía los diferentes problemas enfrentados por la mujer de la clase trabajadora. Un investigador del *Selected Commission on the Shop Hours Regulation Bill*, por ejemplo, reportó en 1886 que “la mayoría de las obreras veían en el matrimonio la única esperanza de liberación, y se habrían “casado con cualquiera para salir del empleo”, como lo expresó una de ellas. La preocupación de las reformistas feministas se manifestaba, de manera más dramática, en una simpatía hacia la prostituta, arrastrada a las calles por la carencia de una actividad alternativa.

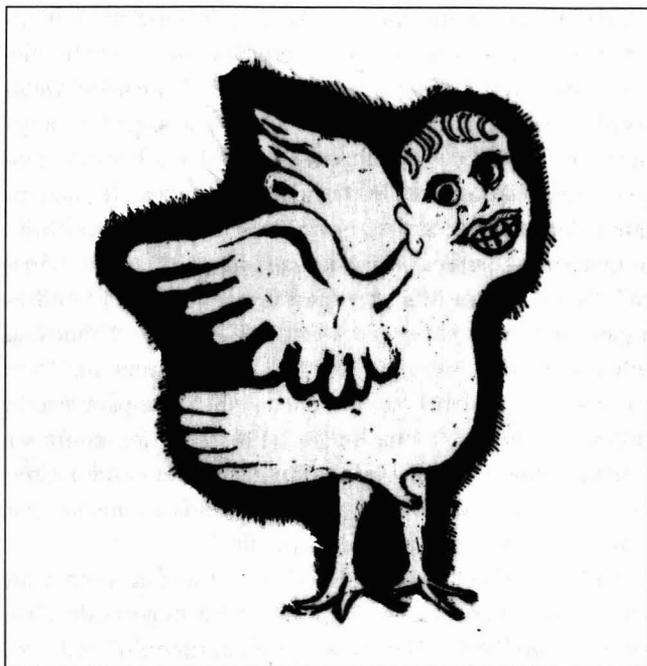
¿Por qué este interés repentino por la soltería femenina? Obviamente, la existencia de mujeres solas no era un fenómeno nuevo en Inglaterra; se evidenciaba cada cierto tiempo, en especial después de las guerras. A fines del siglo XVII, por ejemplo, un grupo de mujeres, preocupado por la “escasez masculina”, había solicitado al Parlamento que gravara a todos los hombres que permanecieran solteros después de los veintiún años. ¿Por qué, entonces, las solteras de fin de siglo se convirtieron en problema y alarma nacional?

La respuesta está en la transformación de las mujeres no casadas en un nuevo grupo político y sexual; ya no eran sólo una cifra en el cuerpo de la sociedad, sino un conglomerado social con potenciales oportunidades, poderes y derechos. En primer lugar, las mujeres no casadas, o *femmes seules*, eran las beneficiarias naturales del movimiento sufragista de la mujer: las casadas podían no ser consideradas por la ley; las solteras, puede argumentarse, necesitaban votar ya que no estaban representadas legalmente. Aún más, el voto “se convirtió tanto en el símbolo de la mujer libre, sexualmente autónoma, como en el medio para alcanzar las metas de una cultura sexual feminista”. Para Josephine Butler y otras dirigentes del movimiento, el voto constituía la mejor manera de acabar con la prostitución, facilitar el divorcio y elevar la moral pública.

La redefinición de la sexualidad fue otro factor que atrajo la atención hacia la soltería femenina. Alejándose de la noción victoriana de “ausencia de pasión” (*passionless*) o anestesia sexual, los pensadores de fines del siglo XIX reconocieron la capacidad de la mujer para sentir placer sexual y las desventajas psicológicas y biológicas del celibato. Uno de los hechos más significativos en este cambio fue la aceptación del deseo sexual femenino como función física y requerimiento de la salud. La medicina respaldó la idea de que la mujer necesitaba la relación sexual tanto como el hombre, y que “los resultados negativos de la abstinencia eran especialmente evidentes en las mujeres”. En 1882, por ejemplo, el Dr. Charles Taylor, obstetra estadounidense, advirtió que las

mujeres no casadas debían proteger su estado de salud encontrando otras salidas para sus “funciones en desuso”, o sufrirían, en consecuencia, “perturbación” y “debilidad”.

Aunque las recomendaciones de Taylor para sus mujeres “sexualmente desocupadas” involucraban más bien ejercicio físico y lecturas y no, por ejemplo, masturbación, lesbianismo o sexo premarital, esta visión de los daños ocasionados por el celibato era difícil de aceptar para muchas mujeres de la época victoriana. Educadas para creer que la superioridad de la mujer sobre el hombre radica en la mayor espiritualidad y falta de pasión de aquella, resultó difícil, aun para las intelectuales feministas de fin de siglo, reconciliar la visión de un nuevo orden social con la aceptación o aproba-



ción de la sexualidad femenina. Las campañas puritanas de la década de 1880, como la que logró revocar, tras veinte años de lucha, la legislación sobre enfermedades contagiosas, la empresa a favor de la penalización del incesto —iniciada en 1885—, y las revelaciones sobre la prostitución infantil en “The Maiden Tribute of Modern Babylon”, serie periodística de W. T. Stead (1885), habían logrado traumatizar a las mujeres por el descubrimiento del abuso sexual masculino. Las campañas “tendían a ver el sexo no sólo como definido por el hombre, sino como *masculino*, mientras que las mujeres eran los agentes que regulaban la inmoralidad —guardianes poderosos pero asexuados de la moral de la nación”.

Al finalizar el siglo, algunas feministas y sufragistas veían el celibato como una “huelga silenciosa” en contra de la opresión del hombre. La dirigente sufragista Christabel Pankhurst lo consideraba una respuesta política a los corruptos comportamientos sexuales masculinos y a la expansión de las enfermedades venéreas. “No puede haber unión entre la mujer de este tiempo, que ha alcanzado la madurez del espíritu, y los hombres, quienes en pensamiento y con-

ducta relativos a los asuntos sexuales, son inferiores”, escribió. Otras argumentaban que era necesaria una “clase femenina que optara por la soltería” para cumplir “la tarea de sacar al sexo femenino de su sojuzgamiento”. Sostenían que el celibato no es perjudicial para la mujer, sino, de hecho, saludable, y que “la mujer es físicamente completa” sin sexo: “Aunque ella es una necesidad para el hombre, él no es necesario para ella.” Escritoras como Frances Swiney argumentaron que la relación sexual era inherentemente un acto abusivo y peligroso, y el esperma un veneno virulento compuesto de alcohol, nicotina y gérmenes venéreos. Swiney consideraba a los hombres “una variación defectuosa” del gen femenino; para ella, la cópula sólo debía tener lugar con fines de reproducción y a intervalos de dos o tres años.

Feministas menos apasionadas respaldaron al celibato con bases ideológicas, médicas o espirituales, o lo defendieron como una estrategia política temporal. Beatrice Webb registró en su diario que podría ser necesario para una generación de mujeres sacrificar su sexualidad a la causa, mujeres “fuertes, capaces de permanecer célibes, de manera que la fuerza especial de la naturaleza femenina —el instinto maternal— pudiera ser canalizada hacia el servicio público”. Para su prima Margaret Harkness, que llegó a Londres a ganarse la vida como periodista a la edad de 23 años, la soltería era un medio para ser útil e independiente. “Son tan pocas las mujeres con el carácter suficiente para vivir la vida solas”, escribió a una amiga, “y no convertirse en un ser insignificante o, lo que es peor, hundirse en el fastidio. Creo que una mujer sola que vive su propia vida es mucho más generosa y noble que una mujer casada.”

En la década de 1880, trabajar, encontrar casa y tener un núcleo de amigos, no era imposible para mujeres de clase media como Webb y Harkness. Entre matrimonio y celibato, sin embargo, había pocas alternativas sexuales para las mujeres respetables. Las relaciones heterosexuales eran el campo de acción de las prostitutas; el lesbianismo no era reconocido ni pública ni médicamente. Hacia 1884, la literatura médica de Europa y Estados Unidos sólo reporta cuatro casos de homosexualidad lesbiana, y los cuatro eran casos de travestismo. La *Enmienda Labouchère* de 1885 no menciona el lesbianismo, y J. A. Symonds sólo le dedica dos páginas en su *Problem in Greek Ethics*. A pesar de todo, las relaciones a largo plazo entre mujeres, fueran “amistad romántica” o “matrimonio bostoniano”, eran reconocidas y aceptadas. Y aunque el discurso médico le dedicara relativamente poca atención, el lesbianismo era un tema en literatura y arte, obviamente entendido por el público. En *The Rebel of the Family* (1880), obra de la incansable antifeminista y novelista Eliza Lynn Linton, por ejemplo, Bell Blount, “Presidenta de la *West Hill Society for Women's Rights*”, vive con otra mujer, su “buena y pequeña esposa”, besa a la inocente heroína con “una extraña calidez”, y predica “el mejor y más verdadero amor que el mundo puede dar —el amor entre las mujeres, libres de la degradante y perturbadora influencia de los hombres”. A mediados de la década de 1880, los sexólogos

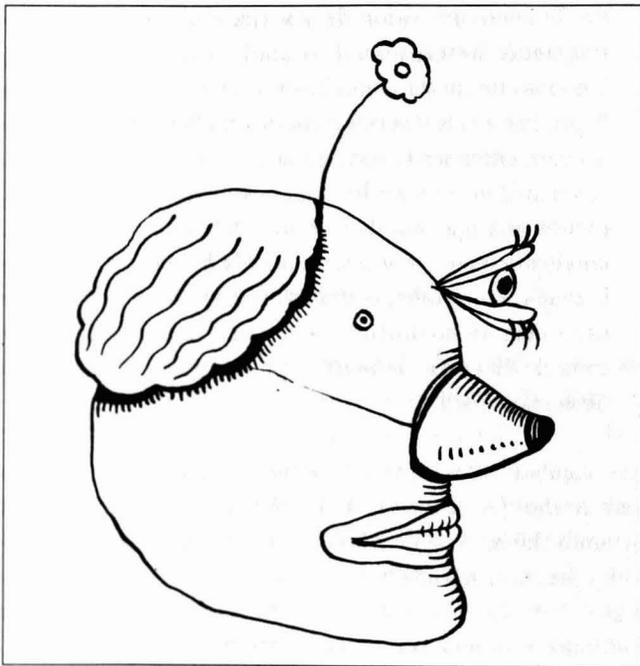
empiezan a tomar en cuenta el fenómeno del lesbianismo, aunque lo consideraran mórbido y masculino. Krafft-Ebing lo incluye entre las perversiones sexuales tratadas en su *Psychopathia Sexualis* (1889), ubicando a las mujeres homosexuales a lo largo de una escala que iba desde “invisibles” hasta altamente masculinizadas. Sostiene que “casi en todos los casos, el uranismo podría sospecharse en mujeres que usan el pelo corto, o que visten como los hombres, o gustan de los deportes y pasatiempos de sus conocidos masculinos; también en las cantantes de ópera o actrices que salen a escena vestidas de hombre sin necesidad”. La asociación lesbianismo-feminismo era frecuente. En un ensayo sobre el amor homogénico, Edward Carpenter observa “que el movimiento de la mujer hacia su liberación y emancipación, presente en todo el mundo civilizado, ha estado acompañado por un marcado desarrollo de la pasión homogénica en el sexo femenino”.

En la imagen de la mujer no casada confluyen varios elementos: el lesbianismo, la solterona típica, y la feminista histérica. La oradora masculinizada era una figura satírica especialmente socorrida en las novelas populares: “Para un espectador ajeno a la situación, no sería obvio”, afirma Rhoda Broughton en *Dear Faustina* (1897), “que no es un hombre el que se prepara para dirigirse al pequeño grupo; tan austeramente masculino es el pelo corto ligeramente canoso, con raya al lado, el abrigo, la corbata, el chaleco”. Subir al púlpito o podium era en sí mismo un hecho tan transgresor de la modestia *femenina* que las compañeras feministas de aspecto más *normal* se veían decididamente fuera de lugar. “Para el inglés medio, hay algo de repugnante en la idea de una mujer subiendo a una plataforma y dando la cara a la ruidosa, boquiabierta, vulgar multitud de un mitin electoral”, escribe Mary Jeune hacia 1890. En *The Rebel of the Family*, Eliza Lynn Linton describe, no sin desprecio, los diferentes tipos de oradora en un mitin por la emancipación de la mujer: la “dama americana”, que “cumplió su labor con un estilo masculino, sin más agitación, timidez o embarazo de la que habría manifestado un hombre”; el bien vestido y pulido “espécimen del orador femenino” cuya “acartonada autosuficiencia era tan desagradable como una deformidad física”; y “la hombruna, con pelo cortado al rape, sombrero tirolés... un chaleco y chaqueta corta”.

A Eliza Linton se debe también el cuño de la frase “hermandad chillona” para describir las actividades y oradoras feministas. “Una de nuestras disputas con las Mujeres Progresistas de nuestra generación”, asevera, “es la farsa histérica que montan alrededor de sus deseos e intenciones... por cada defensa histérica, ‘la causa’ pierde un adherente racional y gana un opositor disgustado.” Aún en 1907, el uso del término era ampliamente extendido; como lamenta una sufragista: “[la etiqueta hermandad chillona] nos mira fijamente desde cartas o periódicos casi todos los días”. Éste era un recurso fácil para ver el deseo de emancipación de la mujer como un desequilibrio en el sistema reproductivo y en la psique, y restarle seriedad. El argumento era doble-

mente útil como demostración del peligro que representaba para la sociedad “la incorporación de estos seres inestables dentro de las estructuras de la vida política”. En oposición a la petición del voto femenino en 1871, un miembro del Parlamento argumentó que si las mujeres obtenían el derecho al voto, “nuestra legislación desarrollaría manifestaciones histéricas y espasmódicas”.

Con tales vigor literario, tradición visual y discurso médico sobre la soltería femenina, uno se cuestiona sobre el caso de los hombres no casados. “¿Qué ha pasado con el hombre casado?” pregunta un ensayista en 1888. “¿No está casi tan extinto como el dodo? ¿Las futuras generaciones de geólogos se deleitarán en la contemplación del raro descubri-



miento de sus preciados huesos en extrañas formaciones rocosas? Ya es un caso difícil de encontrar, y se apena de dejarse agarrar”. En la época victoriana, muchos hombres no se casaban o tardaban en hacerlo, disfrutaban la soltería, y pasaban su vida adulta en compañía de amistades masculinas. La soltería en el hombre, sin embargo, no representaba un problema. La vida del soltero podía ser digna y honrosa o, en su juventud, plena de aventura y retos. Mientras Sarah Grand satirizaba a los hombres antifeministas como “la hermandad vociferante”, la misoginia era vista con mucho más naturalidad que el feminismo. Y la soltería masculina, por supuesto, no implicaba celibato. “¿Cuántos hombres *ha usted conocido* que hayan llegado célibes a los 30 años?” pregunta Olive Schreiner a Karl Pearson en 1886. No queda evidencia de la respuesta de Pearson, pero podemos adivinarla.

El soltero no deseaba unirse a una mujer emancipada que pudiera tener necesidades y ambiciones propias. Beatrice Webb registra en su diario una conversación con Alfred Marshall, profesor de Cambridge reconocido como “el más efectivo enemigo de la obtención de grados por las mujeres”. Según Webb, Marshall sostenía que:

[...] la mujer es un ser subordinado, y si deja de serlo, no hay ninguna razón para que un hombre la despose. El matrimonio implica un sacrificio de la libertad masculina, y sólo puede ser tolerado por el hombre en la medida en que represente la devoción, en cuerpo y alma, de la mujer al hombre... El contraste es la esencia de la relación matrimonial: la debilidad femenina contrapuesta a la fuerza masculina; el egoísmo masculino y la devoción femenina, ‘Si ustedes compiten con nosotros, nosotros no nos casaremos con ustedes’ —concluyó con una carcajada.

Los debates de fines del siglo pasado sobre la soltería femenina resultarán familiares para el lector contemporáneo. Una vez más, oímos decir que sobran mujeres, que la escasez de hombres es alarmante, y que el movimiento feminista traicionó a la mujer al incitarla a anteponer su vida profesional al matrimonio. De nueva cuenta se habla de que los hombres no desean casarse con mujeres que tengan ambiciones similares a las suyas y puedan competir con ellos. En 1986, un grupo de sociólogos de Yale publicó un estudio que pretendía probar que las feministas que posponen el matrimonio en aras del desarrollo profesional se arriesgan a la soltería permanente. “Según el estudio”, señala un artículo titulado “Too Late for Prince Charming”, publicado en *Newsweek*,

[...] las profesionistas que permanecen solteras a los 30 años tienen sólo un 20% de posibilidades de contraer matrimonio. Hacia los 35 años, la probabilidad cae al 5%. Las de 40 años corren más riesgo de ser asesinadas por terroristas que de casarse. Tienen sólo un minúsculo 2.6% de posibilidades de no quedarse para vestir santos.

Artículos subsecuentes, como “Single Women: Coping with a Void”, publicado en la primera plana de *The New York Times*, contribuyeron a la sensación de crisis imperante. En una carta escrita al *Times*, una mujer agradece con sarcasmo a los editores por “difundir ese lindo artículo sobre cómo las solteras se autocompadecen”. Y añade: “Lo que más me gustó fue la total ausencia de prejuicio en él. Después de todo, ‘vacante’, ‘estigma’, ‘la edad conlleva aceptación’, ‘fanatismo feminista’ —todos estos son términos neutrales.” La historia del *Newsweek*, como señalaron muchas feministas, parecía “juzgar el espectro de la soltería femenina de la misma manera en que los conservadores conciben la propagación del SIDA entre los homosexuales masculinos: como consecuencia de las transgresiones de las ‘víctimas’.” La anarquía sexual producto de la búsqueda de una educación superior y condiciones de igualdad por parte de la mujer, insinúa el artículo, engendró su propio castigo. La avalancha de películas de cine y televisión sobre mujeres con carreras exitosas interrumpidas por el embarazo logró

transmitir su mensaje: la maternidad post-feminista, y no el éxito profesional, es el verdadero premio.

En un ensayo publicado en *The New York Times Magazine* titulado "Why Wed? The Ambivalent American Bachelor", Trip Gabriel explora las razones de la renuencia masculina al matrimonio, razones muy similares a las ofrecidas por el soltero que publicó en *Temple Bar* un siglo antes: "La frase que usan es *me espanta*. A pesar de que siempre se han dicho que están esperando a la mujer correcta para casarse, muchos reconocieron que nunca estarán listos para el matrimonio. La vida de soltero es más cómoda, aunque las aventuras sexuales, en tiempos del SIDA, no son muy tentadoras. Muchos de los entrevistados por Gabriel reconocieron haber encontrado en el deporte un sustituto para la familia. "Se obsesionan cada vez más por el trabajo. Muchos solteros parecen haber efectuado un sencillo intercambio: las vicisitudes e incertidumbre de la vida sexual del soltero por las ya conocidas ventajas del deporte."

Artículos como éste, difundidos de manera constante por la prensa, atacan la falta de realismo de las expectativas generadas por el movimiento feminista acerca de la soledad y soltería de la mujer cuya vida se orienta hacia su actividad profesional, al tiempo que aceptan el comportamiento narcisista masculino como natural e inamovible. Actúan también como una forma de propaganda *no-tan-sutil* encaminada a aterrorizar a la mujer en relación al feminismo. La soledad y el miedo a la violencia masculina son factores de la vida de las mujeres a fines del siglo XX, y la furia, tanto por parte de las feministas como de los hombres, parece ser un canal de salida natural para estos sentimientos. En palabras de Judith Walkowitz y Judith Newton,

[...] las feministas contemporáneas no han encontrado todavía la forma de articular una política sexual feminista que compagine las posibilidades de placer sexual de la mujer y el real peligro sexual, y aún hoy persisten las cuarteaduras ideológicas que generaron tensión entre las primeras feministas.

En los ochenta, se renovó el énfasis sobre la posición de la mujer como víctima sexual en casos de acoso, violación, abuso de parte del marido e incesto. Las campañas feministas en contra de la pornografía han dividido al movimiento. Las posiciones más extremas se deben a Andrea Dworkin, que argumenta, en su estudio *Intercourse* (1987), que la cópula es la base y el signo de la opresión de la mujer. En un lenguaje que recuerda mucho al de las campañas puritanas de fines del siglo pasado, Dworkin describe la relación sexual como "la mera y estéril expresión formal del desprecio del hombre por la mujer", y habla de la "libertad por el sexo" como un desarrollo social inverosímil "porque existe un odio de la mujer, inexplicable, casi desconocido, que permea la práctica sexual y la pasión".

Pero mientras las campañas de Andrea Dworkin atacan implacablemente la relación sexual y la pornografía en

"Amerika", otras mujeres que también se definen como feministas consideran que, aunque la mujer está todavía reprimida sexualmente, muchos aspectos de su vida y sentimientos son diferentes de las normas de fines del siglo XIX. Como Linda Gordon y Ellen DuBois hacen notar,

[...] la creciente tendencia a enfocar exclusivamente al sexo como el área primordial de la explotación de la mujer, y a atribuir la victimización sexual de la mujer a cierta esencia violenta etiquetada como "sexualidad masculina" es una posición aún más conservadora en estos tiempos, porque nuestra situación como mujeres ha cambiado radicalmente. [Hoy las mujeres] tienen en sus manos posibilidades sexuales que no existían en el pasado. Tenemos una visión de la sexualidad que no es exclusivamente heterosexual, o atada a la reproducción. Tenemos un mayor conocimiento fisiológico de la sexualidad. Poseemos diversas y fuertes tradiciones intelectuales para entender la conformación fisiológica y social de la sexualidad. Y quizás lo más importante, tenemos hoy al menos una oportunidad de independencia económica, condición material necesaria para la liberación sexual de la mujer. Por último, contamos con algo que la mujer de otros tiempos no disfrutó —un pasado feminista, una historia de 150 años de teoría y praxis feminista en el área de la sexualidad.

Los cambios en la vida de la mujer a partir del feminismo han hecho que el estatus de la soltera de fines del siglo XX sea muy diferente al de Rhoda Nunn, Olive Chancellor o Verena Tarrant, heroínas feministas de novelas escritas un siglo antes. La soltería femenina ya no tiene que significar celibato; y, al menos en estos tiempos, "el espectro de la muerte o enfermedad provocada por abortos clandestinos, la vergüenza de ser madre soltera... ya no ronda las relaciones sexuales de mujeres solteras sexualmente activas"¹. Más aún, la posibilidad de ser madre soltera es una opción real —aunque difícil— para quienes lo desean, y se está convirtiendo cada vez más en un patrón familiar estándar en determinados grupos sociales. En un futuro, puede que la mujer no casada no sea una excepción, sino una mayoría, como de hecho ya sucede en algunas culturas y países. Estos patrones pueden lucir como anarquía sexual si se les compara con las poderosas imágenes familiares hollywoodenses, pero son parte de un nuevo sistema sexual de fin de siglo. ◊

¹ En los países no desarrollados, donde se produce el 99% de las muertes por complicaciones obstétricas, la mortalidad materna sigue siendo un problema de salud pública. Se calcula que el aborto en condiciones inadecuadas es el causante del 50% de las muertes maternas. Fuente: "Conferencia sobre maternidad sin riesgo. Reflexiones y recomendaciones", *Doble Jornada*, suplemento de *La Jornada*, año siete No. 74, 1º. de marzo de 1993 (N. de la T.).